
This is the **published version** of the bachelor thesis:

Calviño Tur, Natalia; Amores, Montserrat, dir. Echarse a la calle. La revolución natural de Fortunata y la restauración burguesa. 2016. 28 pag. (836 Grau en Estudis d'Anglès i Espanyol)

This version is available at <https://ddd.uab.cat/record/166537>

under the terms of the  license

Echarse a la calle:

la revolución natural de Fortunata y la restauración
burguesa

Natalia CALVIÑO TUR



Tutora: Montserrat Amores García
Grado combinado de Inglés y Español
Curso 2015-2016

“Un día le dije: «Si quieres probarme que me quieres, huye de tu casa conmigo». Yo pensé que me iba a decir que no [...] La respuesta fue coger el mantón, y decirme *vamos*” (I, v, II, 311)¹. Así reafirma Fortunata su rotunda personalidad cada vez que se echa a la calle, consolidando su condición natural de hija de pueblo. De la misma forma lo hará cuando Juanito la deje por segunda vez y, enajenada, vaya en busca de la *mona del cielo* que le ha robado lo suyo: “pañuelo a la cabeza, mantón bien recogido sobre los hombros, y a la calle...” (III, III, II, 282). O cuando, después de dar a luz, Maximiliano le haga saber que el Delfín ya la ha sustituido, y nada menos que por la que fue su amiga y confidente, Aurora: “se sintió tan vivamente acometida de salir a la calle, que no pudo sobreponerse a este ciego impulso” (IV, VI, VI, 716). La calle y el atuendo de Fortunata serán dos características definitorias de su rango de madrileña de pueblo, dos rasgos que se dejarán entrever a lo largo de toda la novela, pero que estarán constantemente bloqueados por la domesticación y la búsqueda de honradez de la Pitusa. Sin embargo, al principio y al final de la novela ambas características aparecerán de nuevo, como un modo de enfatizar esta condición.

En un logrado intento por parte del narrador de caracterizar a Fortunata de una manera impresionista, la conocemos en una muy reveladora imagen la primera vez que la presenta:

[Juanito] pensó no ver nada y vio algo que de pronto le impresionó, una mujer bonita, joven, alta... Parecía estar en acecho, movida de una curiosidad semejante a la de Santa Cruz, deseando saber quién demonios subía a tales horas por aquella endiablada escalera. La moza tenía pañuelo azul claro a la cabeza y un mantón sobre los hombros, y en el momento de ver al Delfín, se infló con él, quiero decir, que hizo ese característico arqueado de brazos y alzamiento de hombros con que las madrileñas del pueblo se agasajan dentro del mantón, movimiento que les da cierta semejanza con una gallina que esponja su plumaje y se ahueca para volver luego a su volumen natural (I, III, IV, 284)².

Esta imagen define con suma precisión la esencia de Fortunata, que intentarán por todos los medios liquidar primero Juanito y luego los Rubín. Sin embargo, será la que reproducirá la propia Fortunata cada vez que asuma su condición de pueblo³. Es tan inherente a su personalidad, que va asomando en diversas ocasiones a lo largo de la novela. Durante su estancia con Feijoo,

volvieron a determinarse en ella las primitivas maneras, que había perdido con el roce de otra gente de más afinadas costumbres. El ademán de llevarse las manos a la cintura en toda

¹ Las citas de la novela están extraídas de la edición de 2011 de *Fortunata y Jacinta* a cargo de Francisco Caudet. Se especificará parte, capítulo, subcapítulo y página.

² “El contraste entre los antecedentes de Juanito y los de Fortunata no podría haber sido subrayado más fuertemente” (Gilman, 1986: 145).

³ “Como conserva siempre su rudeza popular conserva su hermosura (...), pero no es exacto decir que conserva su belleza, pues siempre observan todos que va en aumento” (Montesinos, 1980: 226).

ocasión volvió a ser dominante en ella, y el hablar arrastrado, dejoso y prolongando ciertas vocales, reverdecíó en su boca, como reverdece el idioma nativo en la de aquel que vuelve a la patria tras larga ausencia (III, IV, V, 317).

Fortunata se erige desde el principio como clara representante de unos determinados valores y condiciones, los del pueblo y la naturaleza (Caudet, 2011: 88). Y como tal, recibirá los golpes que recibe esta clase social en pleno siglo XIX en España, con el capitalismo y la estratificación social en pleno auge. Fortunata es pueblo y así es caracterizada a lo largo de la novela, especialmente en el capítulo de la tercera parte en el que es educada por Feijoo. En él, se verbalizan por vez primera sus cuestionamientos acerca de las leyes de la naturaleza frente a las de la sociedad; ponderando las primeras sobre las segundas y relegando al matrimonio como un mero contrato social (Labanyi, 2011). En este capítulo en el que entran en consideración las normas económicas y sociales que rigen la sociedad burguesa del Madrid decimonónico, las declaraciones proferidas por Fortunata son tremendamente ilustradoras. La chulita no se divierte con el ocio burgués: “en el tiempo que anduve yo suelta en Barcelona, solía ir a bailes y divertirme algo; después ya no... Este año me llevó Juan dos veces, y otra vez fui yo sola con una amiga, por ver si le sorprendía pegándomela con algún trasto... ¿Creerá usted que no me he divertido ni esto? La careta me da un calor que me abrasa... me la quiero quitar” (III, IV, I, 295). La careta que quiere quitarse Fortunata es, desde luego, la de burguesa, pues según ella misma reconoce en reiteradas ocasiones: “pueblo nací y pueblo soy, quiero decir, ordinariota y salvaje” (III, IV, I, 295). Estas y otras afirmaciones de Fortunata enfatizan lo propuesto por el narrador en la primera imagen ya citada:

cuando me siento con ganas de llorar y dada a todos los demonios, ¿sabe usted que hago?, pues coger el zorro, las escobas, una esponja grande y un cubo de agua. Siempre que tengo una pena muy grande, le meto mano al polvo. Sí, ésta es mi única distracción. Yo no sé ninguna labor delicada; no sé coser en fino; no bordo ni toco el piano. Tampoco pinto platos como esa Antonia, amiga de Villalonga, la cual está siempre de pinceles; yo apenas sé leer y no le saco sentido a ningún libro... ¿qué he de hacer? Fregar y limpiar (III, IV, I, 297).

El trabajo alivia a Fortunata, y la reafirma como lo que es: la productora de los bienes burgueses en una sociedad capitalista. Como tal, y sobre todo teniendo en cuenta además su condición de mujer, se entiende que debe ser también productora del bien máspreciado de la burguesía: el heredero. Las fuerzas de la naturaleza se encarnan en la figura de Fortunata, lo cual es el principal motivo por el que los personajes masculinos la desean tan profundamente y acaban enamorándose de ella. La protagonista representa a partir de sus características de índole primitiva la fertilidad más absoluta, y ello funciona como un imán para los Santa Cruz, los Rubín, para Feijoo e incluso para Ballester. Y nótese que todos los nombrados son

pertenecientes a la clase social burguesa, pues admiran en Fortunata las cualidades que a ellos les faltan:

Sus músculos eran de acero, y su sangre fogosa se avenía mal con la quietud. [...] Tenía las carnes duras y apretadas, y la robustez se combinaba en ella con la agilidad, la gracia con la rudeza para componer la más hermosa figura de salvaje que se pudiera imaginar. Su cuerpo no necesitaba corsé para ser esbeltísimo. Vestido enorgullecía a las modistas; desnudo o a medio balcón, limpiando los muebles o cargando los colchones cual si fueran cojines, para sacarlos al aire, parecía una figura de otros tiempos; al menos así lo pensaba Rubín, que sólo había visto belleza semejante en pinturas de Amazonas o cosa tal. Otras veces le parecía mujer de la Biblia, la Betsabée aquella del baño, la Rebeca o la Samaritana... (II, II, IV, 492).

Esta descripción desde el punto de vista de Maximiliano Rubín corresponde con una visión mítica de la fecundidad, debido en parte a que el propio Maxi es consciente de su incapacidad para procrear, por lo que eleva a Fortunata prácticamente a categoría de ídolo religioso. Más precisa parecería la descripción de Feijoo en este sentido: “cuando digo que tienes lo mejor de la vida por delante... y buena tonta serás si no engordas todo lo que puedas, y te pones las carnes aún más duras y apretadas si es posible. Figúrate si con esas tragaderas estarás bien dispuesta para el amor” (III, IV, V, 317). La observación de Feijoo, al contrario que la de Maxi, esconde connotaciones sexuales, pero siempre orientadas hacia la fertilidad de Fortunata como mujer.

En este sentido, el pueblo será durante toda la novela el fondo básico de la nación española (Rodríguez Puértolas, 1975: 53). El pueblo atesora los últimos resquicios de la naturaleza consustancial a la sociedad española que la burguesía ha perdido y ansía recuperar. Como manifiesta Juanito Santa Cruz: “el pueblo es lo esencial de la humanidad, la materia prima, porque cuando la civilización deja perder los grandes sentimientos, hay que ir a buscarlos al bloque, a la cantera del pueblo” (I, VII, VI, 839). Esta visión, evidentemente, sigue ponderando la posición colonialista de la civilización por encima de la barbarie, por lo que la solución capitalista consistirá en arrebatar las materias primas a quienes las producen. Por ello el Delfín seduce a Fortunata y por eso mismo los Santa Cruz se quedarán con el hijo de ésta.

El propósito de este estudio es ilustrar cómo Fortunata lidera la revolución del pueblo a partir del abrazo de su esencia, de la naturaleza que la empuja a *echarse a la calle* en diversas ocasiones a lo largo de la novela, revolución que culminará con su anhelo por demostrar que es la legítima esposa de Juanito teniendo un hijo suyo. Esa animalidad que la convierte en madre terminará, sin embargo, por matarla, produciéndose así la restauración burguesa tan

deseada por los Santa Cruz, los Rubín y la vasta mayoría de la sociedad madrileña decimonónica. La novela acaba por demostrar que figuras como Fortunata o Mauricia la Dura sólo encontrarán su lugar en la sociedad si se someten y terminan “entrando por el aro” capitalista (Blanco Aguinaga, 1978). Sus muertes revelan que ante la imposibilidad de someterse, el intento de incorporar las clases bajas a la nación resultará del todo inútil, y responderá además a una maniobra de la burguesía para beneficiarse de lo que éstas producen. Los Santa Cruz arrebatarán su posesión más preciada a Fortunata: su hijo. Su muerte por hemorragia revelará, además, la disposición de la burguesía para sangrar al pueblo. En *Fortunata y Jacinta* el lector asiste, pues, a la muerte de la naturaleza.

* * *

En la sociedad capitalista de la Restauración, la familia será el núcleo central de desarrollo de la esfera privada de la burguesía, con la que compartir propiedades privadas como los negocios o las viviendas. El matrimonio, en este sentido, se convertirá en el motor de producción de estos bienes, en transacción comercial a partir de la cual generar beneficio. Este beneficio se construirá a partir de la cada vez más complicada red familiar de la sociedad burguesa y de la descendencia que continuará con el linaje:

lo que Galdós pone al descubierto [...] es el proceso y los mecanismos gracias a los cuales se ha formado la potente oligarquía mercantil-financiera [...] Las familias de los Santa Cruz y los Arnaiz, unidas en el matrimonio de Baldomero Santa Cruz y Bárbara Arnaiz, los padres de Juanito *el Delfín*, forman parte de la famosa “enredadera” de la burguesía madrileña: unos y otros descienden de un Trujillo extremeño y albartero [...] Así pues, los Trujillo, Arnaiz, Santa Cruz, Bonilla, Moreno, Muñoz, Samaniego —todos burgueses— y los Gravelinas —aristócratas— se hallan unidos por lazos de sangre y dinero. La unión del clan lo constituye la descripción que Galdós hace de la cena de Navidad de 1873 en casa de los Santa Cruz (Rodríguez Puértolas, 1975: pp. 14-18).

En los primeros cinco capítulos de la primera parte de la novela se pone de manifiesto el origen avasallador de esta alta burguesía que terminará por dominar y controlar todos los aspectos de la sociedad madrileña de finales del siglo XIX (Rodríguez Puértolas, 1975: 55). El narrador establece, desde sus inicios, la “enredadera” que se va formando cuando empiezan a enlazarse las casas de Santa Cruz y Arnaiz. El nexo de unión entre las dos familias será el matrimonio: primero, el de doña Barbarita Arnaiz con don Baldomero II Santa Cruz; después, el de Juanito Santa Cruz con su prima Jacinta Arnaiz. El objetivo de estos casamientos es, sin duda, mantener los lazos comerciales dentro de la familia:

doña Bárbara se comporta como la hija de un comerciante, con buen ojo para las gangas, cuando arregla el matrimonio de Juanito con Jacinta, la “joya del muestrario” exhibido por la “negociante en hijas”, Isabel Cordero. Este matrimonio incestuoso entre primos hermanos, que además han sido criados como hermanos, tiene por objeto devolver al errante Juanito al redil familiar y conservar así los recursos sexuales y económicos (Labanyi, 2011: 228).

El matrimonio burgués, por lo tanto, supone una transacción comercial. Sin embargo, los matrimonios Santa Cruz-Arnaiz difieren del que será el de Maxi-Fortunata en un asunto crucial: la felicidad que finalmente alcanzan los primeros a pesar de ser originalmente concertados. Una jovencísima doña Bárbara reacciona con cierta indiferencia a su casamiento con Baldomerito: “le miraba con el mismo interés con que se puede mirar una saca de carbón o un fardo de tejidos” (I, II III, 237). Sin embargo, una vez casados, “cada día, cada mes y cada año, eran más tórtolos, y se querían y estimaban más. Muchos años después de casados, parecía que estaban de luna de miel” (I, II, IV, 240). Del mismo modo reaccionará el Delfín cuando se entere de la boda que su madre le ha arreglado con Jacinta: “nunca le había pasado por la mente casarse con Jacinta, a quien siempre miró más como hermana que como prima” (I, III, II, 296). Sin embargo, y a pesar de sus preocupaciones, “ello es que a los cuatro días de romperse el hielo ya no había que enseñarles nada de noviazgo” (I, III, II, 297). A esta situación de ensueño y felicidad responde el narrador con el mismo argumento que será compartido por Maxi y, posteriormente, por Fortunata: “el país y el ambiente eran propicios a esta vida nueva” (I, III, II, 297), esto es, que siendo las circunstancias económicas propicias para los novios, la relación matrimonial tenía que resultar felizmente favorecida. El dinero se erige como medio principal de relación en la sociedad madrileña, y se convierte en la única garantía de una vida digna y feliz. Así, Maximiliano considerará, al poco de conocerla, que Fortunata “tiene la honradez en la médula de los huesos” (II, II, III, 618) y que “cuanto más aseguradas están las materialidades de la vida, más segura es la conservación del honor. La mitad de las deshonras que hay en la vida no son más que pobreza, chica, pobreza” (II, II, VIII, 644). Es decir, que Fortunata ha llevado mala vida porque no le ha quedado más remedio. En efecto, la única “deshonra” que Fortunata no cometerá por necesidad económica serán sus “saliditas” con Juanito Santa Cruz. Por su parte, la Pitusa considera que cualquiera en su lugar haría lo propio:

Si estuviéramos como usted, entre personas decentes, y bien casaditas con el hombre que nos gusta, y teniendo todas las necesidades satisfechas, seríamos lo mismo. Sí, señora; yo sería lo que es usted si estuviera donde usted está... Vaya, que el mérito no es tan del otro jueves, ni hay motivo para tanto bombo y platillo. Y si no, venga usted a mi puesto, al puesto que tuve desde que me engañó *aquél*, y entonces veríamos las perfecciones que nos sacaba la mona esta (III, VI, III, 402).

Retomando en este punto la cuestión del matrimonio, así como en la primera parte el narrador ha establecido los lazos afectivos, familiares y comerciales de las familias bienestantes del Madrid de la novela⁴, en la segunda pasará a describir la media burguesía, la que está intentando ascender por todos los medios en la escala social haciendo méritos para poder codearse con las clases altas. Esta pretenciosa clase intermedia encuentra su mejor representación en la familia Rubín, venida a menos y devorada por las deudas por culpa de los devaneos de la madre, Maximiliana Llorente: “el motivo de la ruina fue la mala conducta de la esposa de Nicolás Rubín, mujer desarreglada y escandalosa, que vivía con un lujo impropio de su clase, y dio mucho que hablar por sus devaneos y trapisondas” (II, I, I, 572). Con esta afirmación se pone de manifiesto, además, el peso de la mujer en la familia burguesa del siglo XIX. Si la familia constituía el motor de desarrollo social y económico de la sociedad capitalista decimonónica, la mujer era su órgano central, como consecuencia directa de su obligación natural de ser madre. Como señala Jo Labanyi (2011) en su exhaustivo análisis sociológico del Madrid del siglo XIX, esta facultad era lo que diferenciaba a las mujeres de los hombres, por lo que se consideraba como su única y verdadera función en la sociedad:

el nuevo modelo médico según el cual las mujeres eran naturalmente iguales pero diferentes, y cuya aparición coincidió con la del liberalismo político, proporcionó una justificación práctica para seguir excluyendo a las mujeres de los derechos civiles mientras se proclamaba la nueva doctrina de igualdad universal. La división capitalista entre las esferas pública y privada se legitimó así con argumentos fisiológicos (Labanyi, 2011: 110).

Sin embargo, teniendo en cuenta que en su papel de madre, la mujer tenía la responsabilidad de criar y educar a los futuros ciudadanos, los futuros padres de familia, su rol en la esfera privada de la sociedad no era tan privado como pudiera parecer. Esto explica que sean las mujeres las que conciertan los matrimonios en *Fortunata y Jacinta*, que sea una mujer la que destroza la familia Rubín, y los sucesivos intentos de reforma a Fortunata. En este sentido, las relaciones matrimoniales de los Rubín también estarán en cierta manera marcadas por el comportamiento de la madre. Entre otras cosas, la siempre presente sospecha de que los tres rubines son hijos de padres distintos, determinará en gran medida la actitud de Maximiliano Rubín ante las infidelidades de su esposa.

Lo que diferencia principalmente a un señorito como Juanito Santa Cruz de otro como Maximiliano Rubín es, desde luego, su clase social. La clase social a la que pertenece Maxi

⁴ Sobre el “neocostumbrismo” de Galdós y la “crónica” de la vida marital véase Montesinos (1980: 205).

se acerca más al proletariado obrero que a la alta burguesía de los Santa Cruz, más cercana a la nobleza y a la vieja oligarquía madrileña. Como apunta Carlos Blanco Aguinaga, la diferencia se manifiesta en el hecho de que “un señorito de Santa Cruz no podía casarse con una mujer del pueblo; sí puede hacerlo un Rubín, pequeño-burgués “proletarizado” aspirante al trabajo honrado de farmacia” (1978: 61)⁵. No obstante, la relación de Maximiliano con Fortunata también está mediatizada por el dinero; no en vano, Maxi sigue siendo un burgués, pequeño-burgués, pero burgués al fin y al cabo. El primer pensamiento que sobreviene a Maxi Rubín el día que conoce a Fortunata es que “habría dado algo de mucho precio porque ella se hubiese dignado a mirarle de otra manera que como se mira a los bichos raros” (II, I, II, 590). Fortunata, que en ese momento acababa de ser abandonada por Camps, el tratante de fusiles, se encontraba alojada en casa de Feliciano, “haciendo sus saliditas”. Y téngase en cuenta, además, que en el momento de conocerla, Fortunata se encuentra en uno de esos periodos en los que no reprime su esencia natural, y así nos lo hace saber el narrador cuando la caracteriza con la toquilla azul en la cabeza. La actitud de Maximiliano ante la posibilidad de establecer contacto con Fortunata es la de un burgués que se sabe en posición superior a alguien del pueblo: “esta noche quiero hablar con usted —dijo Rubín categóricamente— vendré a las ocho y media” (II, I, IV, 595). Por otro lado, Fortunata está ejerciendo de prostituta, por lo que las primeras relaciones entre Rubín y ella se compran con dinero.

El hecho de que Fortunata ejerza de prostituta cada vez que necesita dinero es otra de las circunstancias que contribuyen a su rebelión: en una sociedad capitalista, los individuos sólo son auténticamente libres cuando pueden disponer de propiedades privadas. De lo contrario, siempre dependerán de la protección económica de otro, como el Estado. Al verse obligadas a depender directamente de un hombre, las mujeres no tenían derecho a ser propietarias, motivo por el cual no eran consideradas libres ni podían acceder a la esfera pública, puesto que sólo los individuos libres, es decir, con presencia en el mercado, tenían derecho a sufragio (Labanyi, 2011: 49-74). Se entiende que la independencia económica genera la independencia individual. Sin embargo, al ser consciente de que su cuerpo es la única propiedad que posee y al ponerla a la venta, Fortunata está entrando en el mercado y se está erigiendo como individuo libre e independiente en la sociedad:

Puesto que la propiedad sobre la propia persona era la única propiedad que poseían la mayoría de las mujeres y la única de la que podían disponer sin la firma de un hombre, la lógica de la teoría liberal del mercado llevaba a la conclusión de que las prostitutas eran las únicas

⁵ Sobre la imposibilidad de la relación entre Fortunata y Juanito véase P. Bly (1986: 94).

mujeres libres. Ello contribuye a explicar por qué las prostitutas y no sus clientes masculinos son las culpables de la prostitución (Labanyi, 2011: 68).

La osadía de Fortunata al declararse libre genera un problema de categorización: no tiene sitio en la sociedad porque es una mujer independiente. Esta problemática es la que intenta solucionar Maxi desde el principio; sin embargo, no se da cuenta de que, cada vez que paga a Fortunata por sus servicios, está contribuyendo en mayor medida a su libertad individual. De hecho, es ella la que le está transformando, y no al revés: “el cataclismo amoroso varió su configuración interna. Considerábase como si hubiera estado durmiendo hasta el momento en que su destino le puso delante la mujer aquella” (II, II, IV, 622)⁶. De lo que sí se percata Maxi es de que sus encuentros con Fortunata tienen fecha de caducidad: “si no fuera porque el espectro de la hucha se le solía aparecer de vez en cuando anunciándole el acabamiento del dinero extraído de ella, ¡cuán feliz habría sido el pobre chico!” (II, II, IV, 623). La única solución que se le ocurre a Maxi para continuar sus relaciones con Fortunata es pagarle sus servicios de por vida pidiéndole que se case con él. El matrimonio de Maxi con Fortunata es, por lo tanto, otra transacción comercial: un contrato firmado por alguien que ofrece unos servicios (Fortunata) y otro que está dispuesto a pagar por ellos (Maxi).

El comprador tiene buenas ofertas para la vendedora: “has de ser mía ante Dios y los hombres. ¿No quieres ser honrada? Pues con el deseo de serlo y un hombre, ya está hecha la honradez. Me he propuesto hacer de ti una persona decente y lo serás, lo serás si tú quieres” (II, II, IV, 624). La vendedora reflexiona: “¡Casarme yo!... ¡Pa chasco!... ¡Y con este encanijado...! ¡Vivir siempre, siempre con él, todos los días... de día y de noche!... ¡Pero calcula tú, mujer... ser honrada, ser casada, señora de tal... persona decente...!” (II, II, IV, 624). Pero ante las dudas de Fortunata, el destino quiere que la oferta de Maxi mejore sustancialmente con la herencia que recibe de su tía materna: “toda aquella tarde dominaron en el espíritu de la joven las ideas optimistas, porque él se dejó decir algo de su herencia, de tierras e hipotecas en Molina de Aragón, asegurando que *sus viñas podían darle tanto más cuanto*” (II, II, IV, 637).

El noviazgo de Maxi con Fortunata, sin embargo, conllevará algo más que la simple transacción económica, puesto que lo que Maxi está dispuesto a ofrecer es demasiado para un producto tan usado. De ello dan cuenta su tía doña Lupe y su hermano el clérigo, Nicolás Rubín. Es preciso pulir la mercancía, arrebatarle la independencia:

⁶ Montesinos señaló los rasgos quijotesco de este loco-cuerdo que es Maximiliano Rubín: “Como don Quijote se sabe distinto desde que es caballero andante” (Montesinos, 1980: 238).

eso de la ilusión es pura monserga, eso es para bobas. Ilusionarse con un caballerete porque tenga los ojos así o asado, porque tenga el bigotito de esta manera, el cuerpo derecho y el habla dengosa, es propio de hembras salvajes. Amar de ese modo no es amar, es perversión, hija mía. El verdadero amor es el espiritual, y la única manera de amar es enamorarse de las personas por las prendas del alma (II, IV, V, 702).

La represión de los instintos naturales por la imposición de los valores burgueses es la “ley social” de la que todos los protagonistas burgueses de la novela hacen gala. El matrimonio burgués no es más que la garantía de esa ley social, del absoluto rechazo de todas las características propiamente humanas. La sociedad capitalista y la supremacía del dinero han corrompido la esencia humana, tanto, que invertirán los papeles: la burguesía creará que las leyes sociales y penales conforman las de la naturaleza, y no al revés. El propio Maximiliano creará que el acuerdo legal al que ha llegado con sus hermanos, mediante el que se han repartido la herencia de su tía materna, le convierte en un verdadero hombre:

Había tomado acuerdos en consejo de familia, luego era hombre. Si tenía la personalidad legal, ¿cómo no tener la otra? Figurábase que algo crecía y se vigorizaba dentro de él, y hasta llegó a imaginar que si le pusieran en una báscula había de pesar más que antes de aquellas determinaciones. Sin duda tenía también más robustez física, más dureza de músculos, más plenitud de pulmones (II, IV, II, 687).

El matrimonio de Maxi con Fortunata consistirá en la imposición de estas leyes para la aniquilación de las otras, las de la naturaleza: “yo pongo sobre tu cabeza la corona de mujer honrada; tú harás por que no se te caiga y por llevarla dignamente” (II, I, VII, 637). Pero Fortunata, como se ha visto, es independiente; su esencia conserva todavía la trama de esa naturaleza que está siendo progresivamente aniquilada por la sociedad burguesa. De ello toma plena conciencia en el único lugar donde se siente verdaderamente libre: la calle.

“¡Casarme yo, y casarme con un hombre de bien, con una persona decente...!” Era lo más que podía desear... Tener un nombre, no tratar más con gentuza, sino con caballeros y señoras! Maximiliano era un bienaventurado, y seguramente la haría feliz. Esto pensaba por la mañana, después de lavarse y encender la lumbre, cuando cogía la cesta para ir a la compra. Púsose el manto y el pañuelo por la cabeza, y bajó a la calle. Lo mismo fue poner el pie en la vía pública que sus ideas variaron (II, I, VII, 635).

Dentro del espacio burgués por excelencia, el hogar, Fortunata abraza la idea del matrimonio, de la honradez y de la dignidad. En la calle, sin embargo, vestida como hija de pueblo que es, se siente libre para que en su mente se produzca la revelación de que no quiere al hombre con quien se va a casar. Su rebelión consistirá en darse cuenta, progresivamente y a través de sus salidas a la calle con el hombre al que verdaderamente ama, de que su naturaleza ya es digna y honrada. Aceptará su mantón y su pañuelo y dejará de lado el corsé con que la burguesía quiere “meterla en cintura”.

Si bien es cierto que los personajes que siguen la ley social impuesta por la burguesía intentan mitigar en Fortunata sus instintos naturales, también hay otros que secundan su rebelión y le infunden ciertos pensamientos que confluirán en su “idea” final. Se trata de Mauricia la Dura primero, y de don Evaristo Feijoo más adelante. Mauricia anticipa todos los movimientos de Fortunata, su trayectoria vital es la génesis de la de la protagonista⁷. Se conocerán personalmente en su estancia en el convento de las Micaelas, y lo primero que le contará Mauricia a Fortunata será: “a mí, la que me la hace me la paga [...] la cogí un día, la tiré al suelo, me estuve paseando sobre ella todo el tiempo que me dio la gana... y luego, cogí una badila y del primer golpe le abrí un ojal en la cabeza, del tamaño de un duro” (II, VI, II, 749). Que Mauricia ostente su animalidad sin reparo alguno despierta una gran simpatía por ella en Fortunata, sin duda porque se ve reconocida en sus ideas y porque irá gestando progresivamente de *entre sí* el abrazo de su propia naturaleza. De hecho, durante su estancia en el convento, Fortunata aprenderá de Mauricia, y no de las monjas: “la fisonomía de Mauricia, su expresión de tristeza y gravedad, aquella palidez hermosa, aquel mirar profundo y acechador la fascinaban, y de esto procedía que la tuviese por autoridad en cuestiones de amores y en la definición de la moral rarísima que ambas profesaban” (II, VI, V, 772).

El papel de Mauricia será extremadamente relevante para la incubación de “la idea” de Fortunata. Se trata del primer personaje que ayuda a la Pitusa a poner en palabras sus pensamientos más íntimos sobre la naturaleza del amor, gracias a la libertad que siente la protagonista en presencia de la Dura para ser absolutamente sincera. Con ella no se sentirá juzgada, puesto que comparten género, clase social y pensamientos: “sentía que las insinuaciones de su compañera concordaban con sentimientos que ella tenía muy guardados, como se guardan las armas peligrosas” (II, VI, VI, 775). Ciertamente, los pensamientos de las dos muchachas son armas muy peligrosas contra la moral de la clase social que las está sojuzgando. Aunque ninguna de las dos sea plenamente consciente de este peligro, Mauricia sí es sabedora de su poder ante los señoritos burgueses y sus esposas, y así se lo inculca a Fortunata: “siempre y cuando puedas darle un disgusto, dáselo, por vida del santísimo peine... Que no se rían de ti porque naciste pobre. Quítale lo que ella te ha quitado, y adivina quién te lo dio” (II, VI, VI, 774-775). Estas y otras insinuaciones llevarán a Fortunata a cuestionarse la supuesta maldad del amor que siente por el Delfín. Este cuestionamiento es de

⁷ Por lo general, la presencia de Mauricia en la obra se entiende de forma muy maniquea, o bien como la tentadora de Fortunata, o bien como el Mal frente al Bien que representa la Pitusa. Véase Montesinos (1980); Estébanez Calderón (1984).

suma importancia, puesto que por él se *echará a la calle*, y por él se convertirá en adúltera. Pero el verdadero peligro del adulterio de Fortunata —el “arma”— se encuentra en la causa: el amor. Mientras que está casada con Maxi por dinero, es infiel con Juanito por amor. Como bien apunta Labanyi: “los matrimonios de Fortunata y de Jacinta son ficciones legales que «la Naturaleza» contradice con el adulterio” (2011: 254).

Pero la figura clave que ayudará a Fortunata a dar forma y aceptar el sentimiento que tiene *entre sí* será don Evaristo Feijoo. Este entrañable anciano aparece en la trama después de que Fortunata haya sido adúltera por primera vez dos días después de estar casada, “dejándose llevar como la cosa más *natural* del mundo” (II, VII, VI, 836; la cursiva es mía). El propio Juanito le hace en esta primera salida la terrible revelación a Fortunata: “ya sé que te has casado. Has hecho bien [...] porque así eres más libre y tienes un nombre. Puedes hacer lo que quieras, siempre que lo hagas con discreción” (II, VII, VI, 837). Esta apreciación provoca que Fortunata vuelva súbitamente a la realidad, y que se dé cuenta de que ahora ella es la adúltera (Amores, 2014: 465). Asimismo, también muestra la tremenda hipocresía del señorito burgués, que consciente de lo banal del matrimonio de su amante, lo pervierte sin reparo alguno. Pero Fortunata encontrará pronto una justificación a su adulterio: “mi marido eres tú... todo lo demás... ¡papas!” (II, VII, VI, 839). Con esta afirmación, deja constancia de que para la Pitusa, la institución matrimonial se construye sobre los lazos del amor, por mucho que las leyes sociales la consideren a ella como esposa de Maxi y a él como esposo de Jacinta.

Éstas son las concepciones que se verán reforzadas durante su estancia con Feijoo. Siendo perfectamente consciente de que Fortunata no podrá quererle nunca, lo único que le pide a cambio de su protección es respeto:

El día en que se te antoje faltarme, me lo dices. Yo no creo en las fidelidades absolutas. Yo soy indulgente, soy hombre, en una palabra, y sé que decir humanidad es lo mismo que decir debilidad... Pues vienes y me lo cuentas a mí, en mis barbas; nada de tapujos... ¿Crearás que voy a venir con un revólver para pegarte un tiritito y pegarme yo otro?... ¡Valiente asno sería si lo hiciera! No. En nombre de la humanidad y de la especie te miraré con benevolencia... Ciertamente me ha de escocer algo. Pero cogeré mi sombrero y me marcharé de tu casa, sin que eso quiera decir que te abandone, pues lo que haré será jubilarte, señalándote media paga (III, IV, II, 305).

Estas consideraciones desconciertan profundamente a Fortunata, pero progresivamente va entendiéndolas y relacionándolas con sus propios pensamientos. Como señala Montserrat Amores en su artículo sobre el deseo de Fortunata (2014), las consideraciones de Feijoo sólo divergen de las de la protagonista en la idea de que el amor no es eterno: “lo que llaman

infidelidad no es más que el fuero de la naturaleza que quiere imponerse contra el despotismo social, y por eso verás que soy tan indulgente con los y las que se pronuncian” (III, IV, V, 317). El adulterio va perdiendo su dimensión imperdonable y pecaminosa para alzarse como una verdadera manifestación de la naturaleza que Fortunata terminará por abrazar.

La “idea” de Fortunata, que representará la culminación de su revolución, se conformará a partir de las consideraciones hechas por Mauricia y Feijoo, que acabarán convenciendo a Fortunata de que “querer a quien se quiere no puede ser cosa mala” (II, VII, VII, 693). No en vano, el “curso de filosofía práctica” (III, IV, 289) de Feijoo servirá a Fortunata para regresar a casa de los Rubín e intentar sobrevivir en una sociedad que la estigmatiza y la castiga. Esta vez, sin embargo, será Fortunata la que pague por los servicios: doña Lupe la aceptará de nuevo en la familia sólo después de que Fortunata le entregue, para que lo invierta, el dinero que recibió de Feijoo (Labanyi, 2011: 207). La unión familiar de Fortunata con los Rubín, se convertirá, de nuevo, en relación comercial: incluso cuando la protagonista decida, ya embarazada de su amante, marcharse para siempre de casa de doña Lupe, ésta querrá devolverle su dinero, pues considerará que “conservar el dinero era conservar una especie de parentesco” (IV, III, V, 619).

La muerte de Mauricia, que supone en realidad el anticipo de la muerte de Fortunata, acaba de moldear la “pícara idea” de la Pitusa. Del mismo modo que hará la protagonista en su lecho de muerte, los delirios finales de la Dura revelan su moral y la de su amiga: “Dios te dará lo suyo; eso no tiene duda... porque es de ley. Y por la santidad que tengo entre mí, te digo que si el marido de la señorita se quiere volver contigo y le recibes, no pecas, no pecas...” (III, VI, IV, 419). La desdicha que comparten las dos mujeres por concebir estas “ideas” será la que las llevará a la tumba, y ambas se aferrarán al elemento perjudicial que las está matando antes de morir: Mauricia al licor y Fortunata a Juanito. El triste paralelismo de sus vidas las hace incluso anhelar la muerte:

—Se me arranca el alma de verte penando... con un hombre que no quieres... ¡qué traspaso! Chavala querida, muérete, y vente conmigo. Verás qué bien vamos a estar las dos allá. ¡Porque te quiero tanto...! Dame un abrazo, hija, y muérete conmigo.

—No lo digas mucho —balbució Fortunata conmovidísima, acariciando a su amiga—. Bien podría ser que me muriera pronto. Para lo que hago yo en este mundo... no sé... valdría más... ¡Ay, qué desgraciada soy!

—¡Re...! ¡Bendita sea tu alma! Lo primerito que le pido al Señor, lo juro por estas cruces, es que te mueras (III, VI, IV, 411).

Esta especie de sopor metafísico en el que entran las dos ansiando la muerte (deseo que finalmente se cumplirá) responde en realidad al anhelo de poder vivir en paz con su

moralidad. A pesar de los consejos de Feijoo, Fortunata no podrá vivir su naturaleza en secreto, por lo que, como Mauricia, terminará muriendo por ella.

A partir de la muerte de su gran amiga y confidente se consolidarán estas ideas en la mente de Fortunata, y así se las transmitirá a la santa Guillermina hasta el mismo día de su fallecimiento. En el funeral de Mauricia, Fortunata le formulará una importante pregunta (que terminará por ser la pregunta del siglo para la mujer) a doña Guillermina: “¿Qué culpa tengo yo de no querer a mi marido?” (III, VI, X, 447). Respondiéndose a esta pregunta honestamente, Fortunata comenzará a dejarse guiar por su instinto natural, convencida ya de manera definitiva de que seguir los preceptos que su naturaleza le dicta amando a Juanito no puede ser malo. Su “idea” consistirá en demostrar que es la legítima esposa de Juanito Santa Cruz teniendo un hijo suyo, lo que será para ella prueba irrefutable de que las leyes de la naturaleza están por encima de las de la sociedad (Caudet, 2011: 185). La descendencia, además, será el escalón que eleve a Fortunata por encima de Jacinta: “ella será para usted todo lo santa que se quiera, pero está por debajo de mí en una cosa: *no tiene hijos*, y cuando tocan a tener hijos, no me rebaje a ella, y levanto mi cabeza, sí señora...” (III, VII, II, 464). Lo que Fortunata no puede todavía imaginarse es que la clase social a la que pertenecen los Santa Cruz no dejará que una muchacha de pueblo se iguale a una señorita como Jacinta, por lo que le arrebatarán ese único escalón igualador que será su hijo, como le arrebataron el suyo a Mauricia.

Para comprender en su total complejidad la cuestión de la apropiación de los bienes del pueblo por la burguesía, nos parece oportuno dedicar un espacio a la importancia de la fertilidad de Fortunata, que responde entre otras cosas a la plena aceptación de su sexualidad. El asunto ha sido extensamente tratado por Montserrat Amores (2014), que opina que “la prisión moral que significa para ella la honradez según el concepto social, que quiere anular sus instintivos impulsos sexuales, tiene su paralelo en la prisión material que es la casa en la que se encuentra recluida” (2014: 471). El *echarse a la calle* cobra todo su sentido de búsqueda de libertad. Se trata, además, de un recurso narrativo frecuentemente utilizado por el narrador para mostrar al lector las reflexiones de la Pitusa, que únicamente es sincera cuando está sola y fuera de casa.

Siguiendo luego su vagabundo camino, saboreaba el placer íntimo de la libertad, de estar sola y suelta siquiera poco tiempo [...] Y anda que andarás, vino a hacerse la consideración de que no sentía malditas ganas de meterse en su casa. ¿Qué iba a hacer ella dentro de su casa? Nada. Conveníale sacudirse, tomar el aire. Bastante esclavitud había tenido dentro de las Micaelas [...] El principal goce del paseo era ir solita, libre. Ni Maxi, ni doña Lupe ni Patricia ni nadie

podían contarle los pasos, ni vigilarla, ni detenerla. Miraba todo con la curiosidad alborozada que las cosas más insignificantes inspiran a la persona salida de un largo cautiverio. Su pensamiento se gallardeaba en aquella dulce libertad, recreándose con sus propias ideas (II, VII, v, 685).

A Fortunata, como a tantos otros personajes femeninos del siglo XIX (Ana Ozores, Madame Bovary, Anna Karenina o la propia Isidora Rufete), le es denegada la posibilidad de manifestar su pasión amorosa. Le es denegada incluso la propia posibilidad de entenderla: “la moral burguesa impone una forma de amar en absoluto acorde con la de Fortunata. El amor que Fortunata siente por Juanito es, según la sociedad, pecado” (Amores, 2014: 450). La Pitusa se encuentra en muchas ocasiones en este callejón sin salida que supone la contradicción entre la verdadera Fortunata que se deja guiar por sus instintos y su pasión; y la Fortunata domesticada que ansía por encima de todo ser honrada. Sin embargo, como ya se ha mencionado al inicio de este estudio, la Naturaleza se encarnará en la espléndida figura de Fortunata, por lo que a la Pitusa no le quedará más remedio que dejarse llevar:

Siguió contemplando y admirando su belleza. Estaba orgullosa de sus ojos negros, tan bonitos que, según dictamen de ella misma, *le daban la puñalada al Espíritu Santo*. La tez era una preciosidad por su pureza mate y su transparencia y tono de marfil recién labrado; la boca, un poco grande, pero fresca y tan mona en la risa como en el enojo... ¡Y luego unos dientes! “Tengo unos dientes —decía ella mostrándoselos— como pedacitos de leche cuajada”. La nariz era perfecta. “Narices como la mía, pocas se ven”... Y por fin, componiéndose la cabellera negra y abundante como los malos pensamientos, decía: “¡Vaya un pelito que me ha dado Dios!” (II, II, VII, 506).

En una estrategia muy similar a la que nos presenta el narrador de *La Regenta* cuando Ana Ozores se encuentra sola frente a su tocador, nuestro narrador sitúa a Fortunata ante el espejo para que aprecie su belleza física. Pero como apunta Amores, “inmediatamente después recuerda su objeto de deseo” (2014: 470):

Y después se puso muy triste. Los pedacitos de leche cuajada desaparecieron bajo los labios fruncidos, y se le armó en el entrecejo una densa nube. El rayo que por dentro pasaba decía así: “Si me viera ahora...!” Bajo el peso de esta consideración estuvo un largo rato quieta y muda, la vista independiente a fuerza de estar fija. Despertó al fin de aquello que parecía letargo, y volviendo a mirarse, animóse con la reflexión del buen palmito en el espejo (II, II, VII, 506).

La insatisfacción sexual de Fortunata se produce por no poder consumir su deseo con quien ella desea: Juanito Santa Cruz. Y es que, a pesar de haber sido prostituta, lo cierto es que “Fortunata no servía para cortesana, y sus fingimientos eran tan torpes que daba lástima verla fingir” (II, VII, VIII, 846). Hablando un día con Juanito de Maximiliano, la Pitusa se sincera: “porque lo que es acariciarle, no puedo, se me resiste, no está en *mi natural*” (II, VII, VII, 842; la cursiva es mía). Fortunata se está prostituyendo con Maxi, pues su verdadero amor queda

reservado para el Delfín. Y el desdichado Rubín será más que consciente de su malograda adquisición: “¡Haber *comprado* aquellos ojos con su mano, su honra y su nombre para que se empleasen en mirar a una silla antes que en mirarle a él!” (II, VII, VIII, 846; la cursiva es mía). Este amor que siente Fortunata por Juanito es tan puro que la Pitusa rechazará todos los regalos que el Delfín le ofrezca:

- Háblame con franqueza. ¿No necesitas nada?
- Nada; me lo puedes creer.
- ¿Ese alma de Dios te da todo lo que necesitas?
- Todo; me lo puedes creer.
- Quiero regalarte un vestido.
- No me lo pondré.
- Y un sombrero.
- Lo convertiré en espuerta.
- ¿Has hecho voto de pobreza?
- Yo no he hecho voto de nada. Te quiero porque te quiero, y no sé más (II, VII, VII, 842).

El amor y la pasión que siente Fortunata por Juanito “va a ser el pilar sobre el que se sustente su temperamento y su concepción del mundo y la sociedad” (Amores, 2014: 449). Esta pasión dirigirá incluso su idea de religión:

Lo que me aconseja la Virgen siempre que le rezo con los ojos cerrados, es que te quiera mucho y me deje querer de ti.. La tienes de tu parte, chiquillo... ¿De qué te espantas? Pues digo; yo le rezo a la Virgen y ella me protege, aunque yo sea mala. ¡Quién sabe lo que resultará de aquí, y si las cosas se volverán algún día lo que *deben* ser! (II, VII, VII, 842).

Sin embargo, cuando se descubra su primera salida con el Delfín, Nicolás Rubín la hará bajar súbitamente de la nube con estas terribles y exaltadas afirmaciones:

¡Ay, qué mujeres! Saben que es preciso vencer y desarraigar las pasiones; pues no señor, siempre aferradas a la ilusioncita... Tijeretas han de ser... En resumidas cuentas, que usted no quiere salvarse. La pusimos en el camino de la regeneración, y le ha faltado tiempo para echarse por los senderos de la cabra. ¡Al monte hija, al monte! Bueno; allá se entenderá usted con Dios. Ya me estoy riendo del chasco que se va usted a llevar. Porque ahora, como si lo viera, se lanzará usted otra vez a la vida libre. Divertirse... ¡ea!... (II, VII, XII, 870).

Estos y otros discursos harán mella en Fortunata, que con los consejos de Mauricia y Feijoo ya en el bolsillo, reaccionará de manera distinta cuando inicie su tercera aventura con el Delfín: “esta vez es incapaz de olvidarse de todo lo que la rodea” (Amores, 2014: 467).

- ¡Qué guapa estás! ¡Cada día más hermosa!
- Para ti toda —afirmó ella, poniendo su alma en una frase (III, VII, V, 261).

De nuevo, la Pitusa insiste en su honradez natural reservando sus recursos sólo para el hombre al que ama. No obstante, esta vez el deseo de Fortunata será redirigido hacia un

motivo capital: la maternidad (Amores, 2014: 473)⁸. Maternidad, sin embargo, que encuentra su origen en la plena aceptación y asimilación del deseo por parte de la Pitusa, quien representa desde el principio de la novela la fertilidad más natural:

Los dos matrimonios de familias burguesas (Juanito-Jacinta; Maxi-Fortunata) son estériles, como lo fue el de doña Lupe, mientras que, fuera del matrimonio, la mujer de pueblo, Fortunata, es fértil. En el siglo XIX la alarmante fertilidad de las clases bajas contrastaba con la supuesta esterilidad de las mujeres de clase media; ello se achacaba a su vida ociosa, que obstruía el libre flujo (Labanyi, 2011: 229).

El inmenso deseo de Jacinta de ser madre se erige como alternativa a la insatisfacción que le provoca su matrimonio, como se erigía en Ana Ozores, para quien “un hijo hubiera puesto fin a tanta angustia” (Alas, 2006: I, XXIII: 766-767). Para Jacinta, “a quien se la llama repetidamente en la novela *mona del cielo*, pero que es en realidad el último mono en casa de sus suegros y de su marido” (Caudet, 2010: 90), la maternidad se impone como “un consuelo, una forma de canalizar la insatisfacción que provoca el matrimonio” (Amores, 2014: 476). De manera totalmente contraria, para Fortunata se construye como única vía de reivindicación de su matrimonio con Juanito:

Esto que tengo entre mí, no es humo, no. ¡Qué contenta estoy!... El día en que ésa lo sepa, va a rabiarse tanto que se va a morir del berrinchín. Dirá que es mujer legítima... ¡Humo! Todo queda reducido a unos cuantos latines que le echó el cura, y a la ceremonia, que no vale nada... Esto que yo tengo, señora mía, es algo más que latines; fastídiase usted... Los curas y los abogados, ¡mala peste cargue con ellos!, dirán que esto no vale... Yo digo que sí vale; es mi idea. Cuando lo natural habla, los hombres se tienen que callar la boca (IV, IV, I, 642).

El uso natural de la maternidad para Fortunata contrasta radicalmente con el uso material que pretende darle Jacinta; por eso la Pitusa es fértil y la Delfina estéril. En opinión de Labanyi, “la esterilidad que se le atribuye [a la burguesía] en la novela es una proyección simbólica del agotamiento de los recursos que ella misma está provocando en otros ámbitos” (2011: 231).

A pesar de los consejos recibidos, cuando se entere de su embarazo Fortunata aceptará sus principios y tomará la determinación de marcharse a vivir sola a la Cava de San Miguel. Esta irrevocable decisión supondrá la cumbre de la que en este estudio hemos optado por llamar la rebelión de Fortunata, pues será “un puro acto de honradez, su verdadero gesto de emancipación [...] Y es también, como todo gesto de emancipación, gesto de rebeldía” (Blanco Aguinaga, 1978: 80). Ciertamente, la naturaleza de Fortunata se consolida

⁸ “Para lograr un estado «angelical», mediante la «idea» logró conciliar su deseo de respetabilidad y sus impulsos físicos” (Sinnigen, 1986: 87).

definitivamente cuando vive en su casa de la Cava de San Miguel embarazada del hombre al que ama.

La “pícara idea” de Fortunata, incubada desde tiempo atrás, se erigirá ahora como su objeto de deseo, desplazando a Juanito (Amores, 2014: 480). Sin embargo, la pasión y el amor que siente la Pitusa por su Delfín siguen siendo el origen de la idea (que, como recuerda Amores, al principio consistía en cambiar al hijo por el padre), por lo que parece exagerado afirmar que Fortunata utiliza a Juanito como simple productor de su hijo (véase sobre esto Caudet, 2011; Labanyi, 2011)⁹. Más bien al contrario, la Pitusa será para los Santa Cruz la productora del bien que más ansían, el heredero. De eso será ella bien consciente (“sin esta servidora no tendrían nieto”, IV, VI, II, 692), y como afirma Blanco Aguinaga, “no tardarán los de la casa en mandarle a Guillermina Pacheco de visita” (1978: 82).

Recién nacido el pequeño Juan Evaristo, la intuición de Fortunata la tiene atormentada: “estoy loca con él. Me parece que han de venir a quitármelo. Y no crea usted; ¡hay tanta envidiosona!” (IV, VI, I, 686). Y las envidias habrán de ser fundadas, porque la Pitusa está absolutamente convencida del éxito de su plan:

Yo soy madre del único hijo de la casa; madre soy, bien claro está, y no hay más nieto de don Baldomero que este rey del mundo que yo tengo aquí... ¿Habría quien me lo niegue? Yo no tengo la culpa de que la ley ponga esto o ponga lo otro. Si las leyes son unos disparates muy gordos, yo no tengo nada que ver con ellas. ¿Para qué las han hecho así? La verdadera ley es la de la sangre, o como dice Juan Pablo, la naturaleza, y yo por la naturaleza le he quitado a la mona del cielo el puesto que ella me había quitado a mí... Ahora la quisiera yo ver delante para decirle cuatro cosas y enseñarle este hijo... ¡Ah! ¡Qué envidia me va a tener cuando lo sepa! (IV, VI, II, 691).

Fortunata ha aceptado por completo su naturaleza y su condición de hija de pueblo, lo cual también forma parte de su rebelión, como formó parte de la de Mauricia. Sin embargo, se equivoca en una cosa: la verdadera ley no será la de la sangre, sino la del papel, y ella terminará firmando uno para poder cederle su hijo a Jacinta, como se verá más adelante.

De nuevo con un sentimiento premonitorio, Fortunata augura la visita de doña Guillermina: “la que yo quiero que lo sepa primero que todos es mi amiga *la obispa*. ¿Apostamos a que viene a verme?” (IV, VI, II, 695). Sin embargo, esta serenidad que demuestra Fortunata inmediatamente después de haber dado a luz, en su soledad, o con la única compañía de su hijo, será turbada por un miembro de la sociedad que no entenderá *palotada* de las leyes naturales que mueven a Fortunata: Maximiliano Rubín. El marido acudirá a visitar a la Pitusa

⁹ Parece apropiada en este aspecto la consideración de John Sinnigen, quien opina que a partir de este momento Fortunata busca en Juanito “algo más que la compañía del amante” (1986: 85).

aparentemente recuperado de su locura para relatarle con pelos y señales la nueva aventura del Delfín con Aurora Fenelón. Este relato será de vital importancia para el desarrollo de los acontecimientos finales: en primer lugar, trastornará por completo a Fortunata, supondrá el agotamiento de sus recursos naturales, el principio de su fin. Por otro lado, Aurora será el elemento que terminará por unir las posiciones de Fortunata y Jacinta.

El despecho de Maxi al ver a Fortunata con el hijo de otro en sus brazos se manifiesta en la crueldad con la que le relata los hechos que ha venido a contarle: “mira, Fortunata, bendito sea el cuchillo que sana [...] ¿Quieres el nombre de la que ha robado lo que tú robaste?” (IV, VI, IV, 705). Una vez más la hipocresía burguesa se hace patente en las declaraciones del marido ultrajado, que afirma sentir indiferencia hacia la infidelidad de su mujer, pero que le da donde más le duele: “¿Qué querías? ¿Herir y que no te hirieran? ¿Matar y que no te mataran? El mundo es así. Hoy tiras tú la estocada, y mañana eres tú quien la recibe” (IV, VI, IV, 706). La venganza de Maximiliano se efectúa con éxito en Fortunata, que se desquicia como le ocurrió a él. Después de soñar que Aurora le arrebató a su hijo, “despertó acongojadísima. Se sentía mal, propensa a desvaríos de la mente en cuanto se alergataba, y con muchísima sed” (IV, VI, V, 714). Esta sed de venganza se pasa cuando le pega la paliza a Aurora, pero otros acontecimientos la perturbarán y perderá por completo sus recursos naturales: el rumor esparcido por la Fenelona de que el hijo de Fortunata no es un Santa Cruz.

Estaba inquietísima, dando vueltas en la cama. El hijito pidió y tomó el pecho; pero no debía de encontrar muy abundante el repuesto, cuando a cada instante apartaba su boca, chillando desesperadamente. A sus gritos de necesidad y desconsuelo, uníanse los de su madre, que decía:

—Hijo de mi alma... qué, ¿no hay?... Esa, esa bruja ratera tiene la culpa; ella te lo ha quitado (IV, VI, XII, 760).

El propio Juan Evaristo, heredero de sangre y posteriormente, también legal de los Santa Cruz, demuestra su condición burguesa saqueando a su madre: “Juan Evaristo no se daba por satisfecho con aquellas expresiones de tan poco valor en la práctica” (IV, VI, XIII, 761). La lucha de Fortunata contra la sociedad burguesa que la oprime, representada gráficamente en la novela con la pelea contra Aurora, la está agotando. Como consecuencia, sus recursos naturales quedan también liquidados (Labanyi, 2011: 231).

Sin embargo, si hay algo en lo que la Pitusa acierta con su “pícaro idea” es en el acercamiento de posturas con Jacinta. La Delfina se siente agradecida de la intercesión de Fortunata en la relación de Juan con Aurora: “lo que hizo ayer me parece muy bien hecho. Dios me perdone esta barbaridad que voy a decir: creo que con la justiciada de ayer esa picarona ha redimido

parte de sus culpas. Ella será todo lo mala que se quiera; pero valiente lo es. *Todas deberíamos hacer lo mismo*” (IV, VI, X, 747; la cursiva es mía). De este modo, se invierten los papeles por vez primera en la novela y Jacinta se pone de manera consciente en pie de igualdad con Fortunata, aunque bien es cierto que es sólo después de que esta última haga el trabajo sucio a la señorita burguesa. Este acercamiento de posiciones fomenta también, en opinión de Caudet (2010), cierto traspaso de cualidades que operarán rápido en Jacinta, pues reconoce por fin su individualidad rechazando a su marido:

—Mira, Jacinta, allí tienes a tu marido llama que te llama... Entré y... “Que dónde estás tú. Que qué tenías tú que hacer en la calle tan temprano”. Conque bien puedes darte prisa.
—Que espere... Pues no faltaba más... —replicó Jacinta con tedio—. Que tenga paciencia, que también la tienen los demás (IV, VI, X, 748).

Pero no podemos olvidar llegados a este punto el verdadero motivo de la presencia de doña Guillermina y Jacinta en la Cava de San Miguel. Desde que se enterara del nacimiento del pequeño Juan Evaristo, la santa Guillermina acudió, cumpliendo los presagios de Fortunata, a reconocer la mercancía: “Guillermina le volvió a mirar atentamente, observando sus facciones como el numismático observa el borroso perfil y las inscripciones de una moneda antigua para averiguar si es auténtica o falsificada” (IV, VI, V, 712). Al reconocer en el bebé las facciones del Delfín, Guillermina es rápida:

Ha de saber usted que Dios me ha hecho tutora de este hijo... Sí, buena moza, no se espante ni me ponga esos ojazos. Su madre es usted, pero yo tengo sobre él una parte de autoridad. Dios me la ha dado. Si su madre le faltara, yo me encargo de darle otra, y también abuela (IV, VI, V, 714).

No obstante, es incapaz de esperar a que falte su madre para comenzar con los trámites de adopción del pequeño. Por lo pronto, no está dispuesta a dejar que el chiquillo muera de hambre, por lo que, en contra de la voluntad de su madre, decide ponerle un ama. Discutiendo con Estupiñá en términos similares a los que éste utilizaba para discutir con Barbarita acerca de los productos del mercado, evalúan la calidad de la leche que ellos no pueden proporcionarle al niño: “como leche, señá Segunda, como leche, creo que la asturiana nos ha de dar mejor resultado que ninguna. Tengo yo un ojo... En fin, mucho cuidado” (IV, VI, X, 746). Paralelamente, intenta frenar la avidez de Jacinta por llevarse al verdadero Pituso, no fuera el caso que les endosaran mercancía defectuosa, como la otra vez (I, IX, IX, 486):

Si te empeñas en meter la cuchara, creo que lo vas a echar a perder... No, no te dejo subir... ¿Te parece fácil entrar a verle sin que se entere su madre? Atrevidilla te has vuelto... ¿Que le bajen aquí? ¡Vamos; las cosas que se te ocurren!... Tiempo tienes de verle. Si empezamos a hacer disparates y a portarnos como dos intrigantas que se meten donde no las llaman, merecemos que nos tome Ido por tipos de sus novelas. Vámonos ahora a San Ginés, y luego

sabremos la opinión del señor de Quevedo. Descuida, que no se *nos* morirá de hambre (IV, VI, V, 746; la cursiva es mía).

Los planes que van trazando los enviados de la familia Santa Cruz para arrebatarle el niño a Fortunata van haciendo mella en la Pitusa. Por otro lado, al pegarle la paliza a Aurora ha desobedecido el consejo de Feijoo, “no descomponerse nunca”, que se erige como el contrario absoluto de *echarse a la calle* (Blanco Aguinaga, 1978: 78), y lo paga con una extraña “descomposición” en su interior, la que terminará matándola.

Sentía la herida allá dentro, sin saber dónde, herida o descomposición irremediables, que la conciencia fisiológica revelaba con diagnóstico infalible, semejante a inspiración o numen profético. La cabeza se le había serenado; la respiración era fácil aunque corta; la debilidad crecía atrozmente en las extremidades. Pero mientras la personalidad física se extinguía, la moral, concentrándose en una sola idea, se determinaba con desusado valor y fortaleza. En aquella idea vaciaba, como en un molde, todo lo bueno que ella podía pensar y sentir; en aquella idea estampaba con sencilla fórmula el perfil más hermoso y quizá menos humano de su carácter, para dejar tras de sí una impresión clara y enérgica de él (IV, VI, XIII, 764).

Mientras Fortunata se va desangrando por dentro, asistimos a una evolución de su idea inicial que acabará tomando la forma final del donativo a Jacinta. La protagonista comienza a desfallecer cuando ya ha suministrado a la burguesía todo el alimento que demandaban, cuando ya todos sus recursos están consumidos: “queda agotada y su fertilidad es destruida: se le seca la leche y muere de una hemorragia” (Labanyi, 2011: 231). Sin embargo, como ilustra la cita, también es en este momento cuando su moral se engrandece y se eleva dejando atrás la “pícaro idea” para convertirla en la “gran idea” (IV, VI, XIII, 765). Las últimas voluntades de la moribunda Fortunata son recogidas en un improvisado testamento redactado por Estupiñá, miembro activo de la sociedad burguesa a pesar de pertenecer a las clases bajas. Como tal, es incapaz de concebir que la voluntad de Fortunata sea suficiente para cumplirse por sí sola: “no vale sin transferencia” (IV, VI, XIII, 767). Pero la Pitusa continúa con su revolución: “Pamplinas. Es mío, y yo lo puedo dar a quien quiera” (IV, VI, XIII, 767). Fortunata mantendrá su rebelión hasta el último aliento, contrariamente a lo que opina Blanco Aguinaga, quien considera que

entre la educación y los palos, Fortunata ha aprendido al fin la lección decisiva; es decir, ha entrado por el aro: no sólo ha internalizado los aspectos esenciales de la ideología dominante, sino que ha sido la productora de un nuevo Delfín (el *Delfinito* se llama ahora) para el mantenimiento del orden clasista (1978: 84).

En efecto, Fortunata ha sido la productora del heredero de los Santa Cruz, posiblemente el mayor beneficio que recibirán, la continuación del linaje. Sin embargo, la propia donación firmada es otro gesto de rebeldía. Reafirmandose una vez más en su voluntad, decide escribir

un testamento en el que deja al pequeño Juan Evaristo al cuidado de Jacinta. En opinión de Labanyi,

Fortunata sabe que, cuando muera, Jacinta se llevará a su hijo de todos modos; al hacer un contrato por el cual le entrega al niño no cambia el resultado pero se reafirma como individuo libre. Fiel a la definición liberal de libertad, el tener propiedades (algunas acciones y un hijo inscrito en este sistema de la propiedad como heredero de la familia Santa Cruz) y la consiguiente capacidad para disponer libremente de ellas es lo que la convierte en un individuo libre (2011: 226).

La rebeldía de Fortunata no cesará ni en el mismo instante de su fallecimiento. En primer lugar, y como Mauricia en su lecho de muerte, se acordará profundamente del elemento que la ha llevado a la perdición, el Delfín. En este sentido, las palabras del asustado Estupiñá son ilustradoras:

Fortunata, buena moza, mire usted quién está aquí... despierte y verá... ¿No le conoce? Es aquel sujeto, el señor don Juanito que viene a ver a su... dama... Mírele, mírele tan afligido de verla a usted malita —hablando para sí—. ¡Cómo se sonríe la picarona! ¡Ah! Está dañada hasta el tuétano. Abre los ojos y le busca con las miradas. Es como los borrachos, que aunque estén expirando, si les nombran vino, parece que resucitan... (IV, VI, XIV, 769).

Pero sin duda la prueba irrefutable de que Fortunata mantiene su voluntad hasta el último momento es la rotundidad con la que rechaza la confesión que por todos los medios intenta arrancarle doña Guillermina. En un intento de restauración de la moral burguesa en la Pítusa, la fundadora intenta implantar de nuevo en la moribunda la convicción de que su amor es pecado: “busque, rebusque bien en su espíritu y verá cómo la encuentra; es aquel disparate de que el matrimonio, cuando no hay hijos, no vale... y de que usted, por tenerlos, era la verdadera esposa de... Vamos” (IV, VI, XIV, 773). En vano también lo intentará la otra figura clave de la sociedad restauradora, el clero, representado en el final de la obra por el padre Nones. La única respuesta que recibirán de la representante del pueblo será su absoluta convicción de que merece ser considerada en pie de igualdad con la sociedad burguesa: “¿No lo sabe?... Soy ángel... yo también... *mona del cielo*” (IV, VI, XIV, 774). Fortunata Izquierdo, por tanto, muere convencida de que las normas sociales burguesas que la quieren someter están siempre por debajo de las naturales, convicción que, según Caudet, convierte a la protagonista en heroína (2010: 85). Y si Fortunata se erige como clara representante del pueblo, su rebelión es la muestra de que “el pueblo empezaba a tomar conciencia —a empollar el huevo, la idea— de que podía ser sujeto de la Historia” (Caudet, 2010: 85).

Sin embargo, la novela no termina con el fallecimiento de Fortunata. Y si en el momento de su muerte, ella reclama su revolución negándose a rechazar su “idea”, doña Guillermina

intenta arrancársela considerándola “error diabólico”. Esto es, con la muerte de la Pitusa da comienzo la restauración burguesa del orden social de la novela. El deseo de imposición de la autoridad de los personajes restauradores se extenderá a todos los límites camuflado de altruismo. Es el caso del entierro de la Pitusa, cuyos gastos son rotundamente negados a Ballester por la fundadora: “si usted es un pobre. ¿Qué necesidad tiene de ese gasto? Si no hubiera más remedio, muy santo y muy bueno. Pero no sea usted tonto y guarde su dinero, que bastante falta le hace. Esta obligación la pagará quien deba pagarla, y no digo más; a buen entendedor...” (IV, VI, XV, 776). Doña Guillermina impide mediante un gesto de autoridad que se cumpla el deseo de Ballester de pagar el entierro de su amiga, incapaz de comprender que la necesidad del gasto responde a un sentimiento y no a una simple transacción económica. Por otro lado, la ostentación innecesaria del entierro de Fortunata demuestra que la pobre Pitusa no puede librarse de la presión burguesa ni siquiera después de muerta: “la descripción del espléndido funeral de Fortunata muestra que ni siquiera en la muerte puede evitar su mercantilización por la burguesía” (Labanyi, 2011: 253).

Por su parte, Jacinta recibe el traspaso de cualidades de la Pitusa por completo con la cesión del pequeño Juan Evaristo. Jacinta reafirma su individualidad ante los desaires de su marido y establece una separación dentro del matrimonio: “también ella tenía su idea respecto a los vínculos establecidos por la ley, y los rompía con el pensamiento, realizando la imposible obra de volver el tiempo atrás” (IV, VI, XV, 780). Así como Fortunata dejó al margen a Juanito al redactar su testamento considerando al Pituso como propiedad suya, de la fundadora y de Jacinta; así lo deja la Delfina declarándolo libre:

el “trato final” lo engendra Fortunata por sí misma: Juanito desempeña un papel involuntario e instrumental en la concepción de su hijo y su testamento es un contrato entre tres mujeres, que deja a Juanito fuera de escena. Este contrato final entre mujeres es lo que empodera a Jacinta para dictarle a Juanito las condiciones de una separación legal de facto. Con ello, Jacinta no sólo declara libre a Juanito, sino que reivindica su propia libertad (Labanyi, 2011: 226).

En este sentido, y como hacía Fortunata, la Delfina anhela otro orden de las cosas en la sociedad: “bien podría Moreno haber sido su marido... vivir todavía, no estar gastado ni enfermo, y tener la misma cara que tenía el Delfín, ese falso, mala persona [...] ¡Ah!, el mundo entonces sería como debía ser, y no pasaría las muchas cosas malas que pasan” (IV, VI, XV, 781). Sin embargo, Jacinta es capaz de reconocer los anhelos y el sufrimiento de Fortunata sólo después de su muerte. La intentona de solución interclasista no resulta como tal, pues se verifica sólo con la muerte de uno de sus miembros, beneficiando al otro:

La alianza final entre Fortunata y Jacinta es otra tentativa de solución interclasista, pero la muerte de Fortunata demuestra que el intento de los reformadores de incorporar las clases bajas en una nación unificada beneficia a la burguesía a costa de “sangrar” al pueblo (Labanyi, 2011: 246).

En efecto, la burguesía sangra al pueblo hasta que muere por hemorragia. La sociedad burguesa consume la totalidad de los recursos del pueblo, utilizando a sus miembros como recursos humanos en esta cadena de producción. Únicamente cuando se agoten por completo los recursos se darán cuenta (algunos, no todos) de su saqueo:

[la Delfina] no podía apartar de su pensamiento de la persona que un poco más arriba, en la misma casa, había dejado de existir aquella mañana, y se maravillaba de notar en su corazón sentimientos que eran algo más que lástima de la mujer sin ventura, pues entrañaban tal vez algo de compañerismo, fraternidad fundada en desgracias comunes. Recordaba, sí, que la muerta había sido su mayor enemiga; pero las últimas etapas de su enemistad y el caso increíble de la herencia del Pituso, envolvían, sin que la inteligencia pudiera desentrañar este enigma, una reconciliación. Con la muerte de por medio, la una en la vida visible y la otra en la invisible, bien podría ser que las dos mujeres se miraran de orilla a orilla, con intención y deseos de darse un abrazo (IV, VI, XV, 778).

A pesar de que el narrador sitúa la concepción de Jacinta con respecto a Fortunata “de orilla a orilla”, es decir, en pie de igualdad, también es cierto que es sólo después de la “herencia del Pituso” cuando se conciben estas consideraciones. Además, la “invisibilidad” de Fortunata se hará patente muy pronto, cuando Jacinta empiece a imaginar que el pequeño Juan Evaristo es su hijo natural:

Jacinta vivía consagrada a él en cuerpo y alma, y tenía la satisfacción de que todos en casa le querían, incluso su padre. A solas con él, la dama se entretenía fabricando en su atrevido pensamiento edificios de humo con torres de aire y cúpulas más frágiles aún, por ser de pura idea. Las facciones del heredero niño no eran las de la otra, eran las suyas. Y tanto podía la imaginación, que la madre putativa llegaba a embelesarse con el artificioso recuerdo de haber llevado en sus entrañas aquel precioso hijo, y a estremecerse con la suposición de los dolores sufridos al echarle al mundo (IV, VI, XV, 780).

El pequeño Delfín será criado como un burgués y como hijo natural de Jacinta, ocultando por completo la identidad de su verdadera madre. La muerte de Fortunata será, por tanto, y a pesar de las consideraciones inmediatas a su fallecimiento, un daño colateral en la cadena de producción que beneficia a la clase social burguesa.

Por otro lado, no podemos obviar la observación de Caudet (2011: 786) con respecto a la lápida de Fortunata. La tumba de la Pitusa reza el “nombre y apellido” de la protagonista, y “se añadía *de Rubín*”. El nombre completo de Fortunata no ha sido explicitado ni una sola vez por el narrador en toda la novela. En el letrero de su tumba debería leerse Fortunata Izquierdo de Rubín, pero sólo se llama la atención sobre el último apellido, como una forma

de destacar que la Pitusa no consiguió con la muerte lo que tanto ansió en vida: “yo no me civilizo, ni quiero; soy siempre pueblo” (II, VII, VI, 839). Sin embargo, lo más llamativo del inicio de esta escena final de la novela es la actitud de Maximiliano ante la tumba de su mujer. Se trata de las consideraciones más sensatas que ha proferido en cualquiera de sus apariciones, aunque se asocian más al pensamiento de Fortunata, Mauricia y Feijoo (que está siendo enterrado en ese mismo momento):

La quise con toda mi alma. Hice de ella el objeto capital de mi vida, y ella no respondió a mis deseos. No me quería... Miremos las cosas desde lo alto: no me podía querer. Yo me equivoqué, y ella también se equivocó. No fui yo solo el engañado, ella también lo fue. Los dos nos estafamos recíprocamente. No contamos con la naturaleza, que es la gran madre y maestra que rectifica los errores de sus hijos extraviados. Nosotros hacemos mil disparates, y la naturaleza nos los corrige. Protestamos contra sus lecciones admirables que no entendemos, y cuando queremos que nos obedezca, nos coge, nos estrella, como el mar estrella a los que pretenden gobernarlo. Esto me lo dice mi razón, amigo Ballester, mi razón, que hoy, gracias a Dios, vuelve a iluminarme como un faro espléndido. ¿No lo ve usted?... ¿Pero no lo ve?... Porque el que sostenga ahora que estoy loco es el que lo está verdaderamente (IV, VI, XV, 787).

La cita es larga, pero ilustra las percepciones del único personaje que parece darse cuenta de la realidad de la naturaleza, de la inversión de papeles que la burguesía está ejerciendo sobre la sociedad. Maximiliano está denunciando la enfermedad de la sociedad en la última frase de la cita, pues que la burguesía considere loco al que sitúa los valores de la naturaleza por encima de los valores impuestos por la sociedad, demuestra que es ella la verdadera enferma. Por otro lado, Maximiliano descubre y demuestra que Fortunata sólo puede ser su mujer cuando está muerta:

Ahora que no vive, la contemplo libre de las transformaciones que el mundo y el contacto del mal le imprimían; ahora no temo la infidelidad, que es un rozamiento con las fuerzas de la naturaleza que pasan junto a nosotros; ahora no temo las traiciones, que son proyección de sombra por cuerpos opacos que se acercan; ahora todo es libertad, luz; desaparecieron las asquerosidades de la realidad, y vivo con mi ídolo en mi idea, y nos adoramos con pureza y santidad sublimes en el tálamo incorruptible de mi pensamiento (IV, VI, XV, 788).

Sin embargo, la restauración burguesa también se verifica en Maximiliano. Al ser el único personaje burgués que recuerda la primordial importancia de la naturaleza que su clase ha olvidado y aniquilado, está haciendo tambalear los principios sobre los cuales se sustenta la moral burguesa, como lo hicieron Fortunata o Mauricia. Por ello ha de ser rápidamente encerrado, pues el Estado, la legalidad y la burocracia han de ir por delante de las leyes de la naturaleza que están poniendo al descubierto estos personajes. Como afirma Carlos Blanco Aguinaga,

la educación es el asunto central de la empresa restauradora. Se trata de la educación que la Realidad-Sociedad ha de imponer a la Naturaleza, particularmente a la Naturaleza-Pueblo, para que predominen las formas y las ideas necesarias a la convivencia “civilizada” (1978: 52).

Y lo cierto es que la Restauración se impone de manera muy pacífica en Maxi, que a pesar de ser perfectamente consciente de que le encierran en un manicomio, termina aceptándolo con resignación:

¡Si creerán estos tontos que me engañan! Esto es Leganés. Lo acepto, lo acepto y me callo, en prueba de la sumisión absoluta de mi voluntad a lo que el mundo quiera hacer de mi persona. No encerrarán entre murallas mi pensamiento (IV, VI, XV, 789).

La “sumisión absoluta” da cuenta de su condición burguesa, pues acepta serenamente ser encerrado en un manicomio a pesar de considerarse plenamente cuerdo. No así pudieron hacerlo Mauricia o Fortunata, cuyas ideas fueron aniquiladas por una fuerza mayor, la de la muerte.

* * *

El presente análisis ha querido ilustrar cómo personajes como Mauricia o Fortunata, especialmente la segunda, erigida desde el principio como clara representante de los valores y condiciones del pueblo y la Naturaleza, no pueden encontrar su lugar en la sociedad capitalista madrileña del siglo XIX sin someterse por completo a las normas que rigen la moral burguesa. Una moral absolutamente desnaturalizada con la que se justifican actitudes deplorables como las de Juanito Santa Cruz, que juega a su antojo con una muchacha de pueblo porque se considera en legítimo derecho de hacerlo; o como las de Maximiliano Rubín y doña Lupe *la de los Pavos*, que internan a esa misma muchacha en un convento para “limpiarla” de su vida anterior y así poder introducirla en la familia. Sin embargo, estas actitudes no son más que analogías del mecanismo profundo con el que esta moral opera en la cadena de producción que supone la sociedad madrileña decimonónica. Las clases altas y la media burguesía oprimen al pueblo, último depositario de la Naturaleza completamente erradicada ya en el círculo urbano. Esta Naturaleza, representada en la novela por el personaje de Fortunata y su fertilidad, se le arrebató al pueblo por la fuerza y se derrocha considerablemente, agotando así todos los recursos y congestionándose en su propia

abundancia¹⁰. La muerte de Fortunata, por el contrario, representa el agotamiento total de los recursos a través de la hemorragia interna. En cualquier caso, las muertes responden a un desequilibrio del sistema, que genera la sobreacumulación de bienes y propiedades en familias como los Santa Cruz, pero deja desamparados y saqueados a individuos como Fortunata.

Sin embargo, la Pitusa se rebela contra la sociedad que intenta implantar en ella la moral que opera en estos términos. De la mano de Caudet (2010) se ha mostrado cómo Fortunata incubaba la genial idea de levantarse como la auténtica esposa de Juanito Santa Cruz engendrando un heredero para su familia, situándose así en pie de igualdad con cualquier señorita burguesa de la época, y representando también el pronunciamiento de las clases bajas ante la burguesía que las despreciaba.

La valentía de Fortunata corresponde, en efecto, al coraje de todo un sector de la población que no tardaría en levantarse contra sus opresores y ver reconocidos sus derechos como miembros de la sociedad, como quedó demostrado el primero de mayo de 1890. A pesar de la restauración burguesa inmediatamente posterior a la muerte de la Pitusa, la herencia de la revolución de Fortunata queda plasmada en algunos miembros de la sociedad que no olvidarán su hazaña: Jacinta, reivindicando su individualidad como mujer ante los desaires de su marido y criando por fin a su descendencia; Maximiliano, encerrado en un manicomio por predicar las enseñanzas de su mujer; o Ballester, el pequeño-burgués proletarizado que reconoció en Fortunata “la persona más honrada y honesta que usted puede imaginar”.

¹⁰ Esta superabundancia encuentra su representación en la novela de la mano del personaje de Moreno-Isla, quien muere de una congestión física y emocional (Labanyi, 2011: 226).

BIBLIOGRAFÍA

- AMORES, Montserrat (2014), “Sin respeto a las leyes veneradas: el amor de Fortunata”, en J. Curbet Soler (coord.), *Figuras del deseo femenino. 12 representaciones de la mujer en la literatura occidental*, Madrid, Cátedra.
- BLANCO AGUINAGA, Carlos (1978), “Entrar por el aro: restauración del «orden» y educación de Fortunata”, en *La Historia y el texto literario. Tres novelas de Galdós*. Madrid, Nuestra Cultura.
- BLY, Peter A. (1986), “Fortunata y la Cava de San Miguel”, en Germán Gullón (ed.) *Fortunata y Jacinta*, Madrid, Taurus, págs. 94-112.
- CAUDET, Francisco (2010), *Clío y la mágica péñola: historia y novela (1985-1912)*. Madrid, Cátedra.
- (2011), “Introducción”, en *Fortunata y Jacinta*, Madrid, Cátedra, págs. 11-178.
- ESTÉBANEZ CALDERÓN (1984), Demetrio, *Lenguaje moral y sociedad en Fortunata y Jacinta de Galdós* (Tesis doctoral). Universidad Complutense de Madrid, Madrid.
- GILMAN, Stephen (1986), “El nacimiento de Fortunata”, en Germán Gullón (ed.) *Fortunata y Jacinta*, Madrid, Taurus, págs. 133-152.
- GULLÓN, Germán (1990), *La novela del XIX: estudio sobre su evolución formal*. Amsterdam, Rodopi.
- LABANYI, Jo (2011), “El consumo de los recursos naturales: *Fortunata y Jacinta* [1886-1887] de Galdós” en *Género y modernización en la novela realista española*, Madrid, Cátedra, págs. 205-255.
- MONTESINOS, José F. (1980), “Fortunata y Jacinta”, en *Galdós II*, Madrid, Castalia, págs. 201-273.
- ORTIZ ARMENGOL, Pedro (2000), *Vida de Galdós*. Barcelona, Biblioteca de Bolsillo.
- PÉREZ GALDÓS, Benito (2011), *Fortunata y Jacinta* [1886-1887], ed. Francisco Caudet. Madrid, Cátedra.
- RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, Julio (1975), “*Fortunata y Jacinta*: anatomía de una sociedad burguesa”, en *Galdós: burguesía y revolución*, Madrid, Turner, págs. 13-59.
- SINNIGEN, John H. (1986), “Individuo, clase y sociedad en *Fortunata y Jacinta*” en Germán Gullón (ed.) *Fortunata y Jacinta*, Madrid, Taurus, págs. 71-93.